

HERNANDEZ
NUMOPAS
MADRID

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 9.

19. ABRIL
1925.

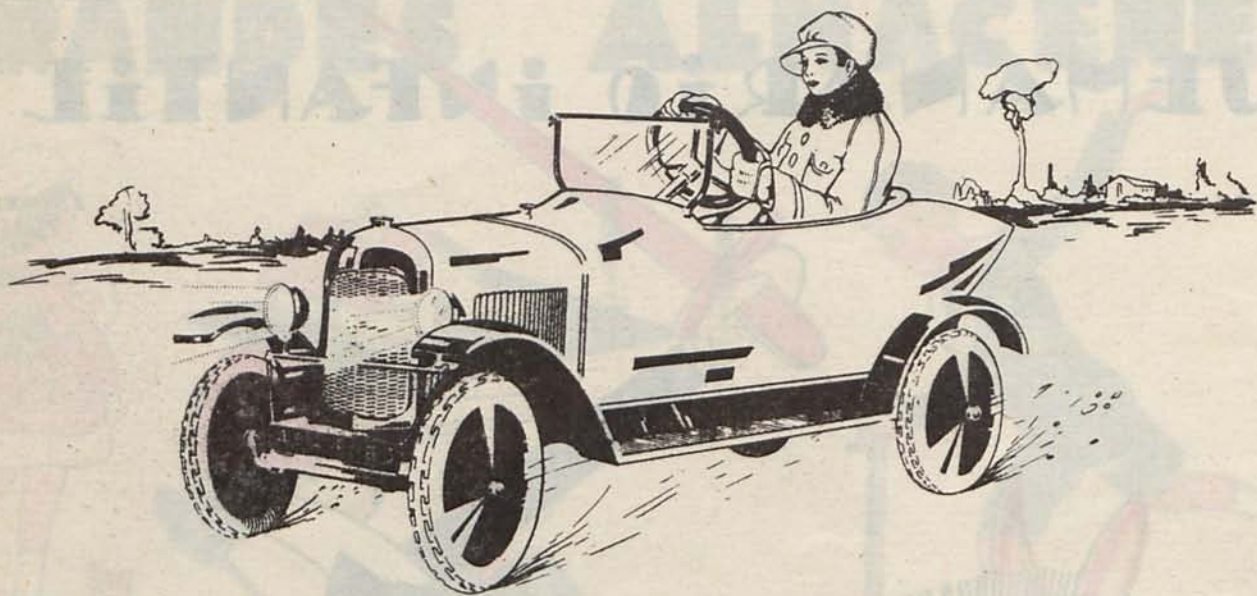


30
Cénts.

PINOCHO ES GENEROSO

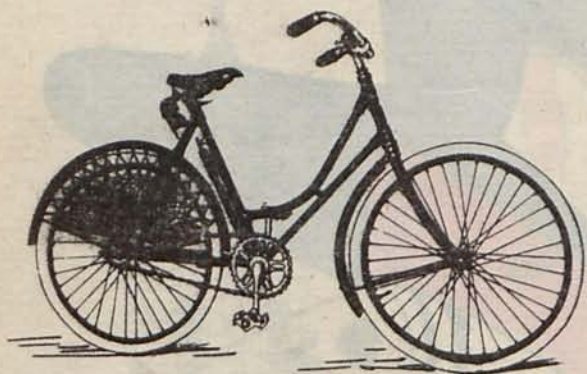
Y REGALA A SUS AMIGOS LOS «PINOCHISTAS» TODOS ESTOS
PRECIOSOS JUGUETES, QUE VALEN ¡5.000 PESETAS!

NO DEJEIS DE SUSCRIBIROS A "PINOCHO" HOY MISMO



Dos colosales automóviles «Citroën».

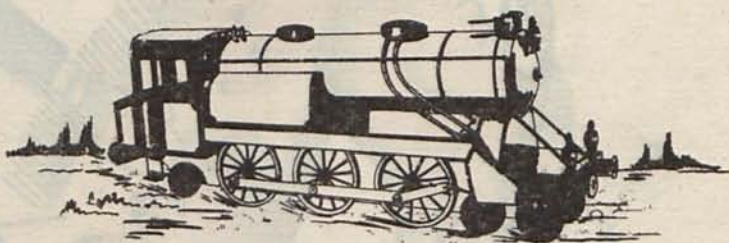
Con frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, neumáticos Michelin, «confort», bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías.



**Dos estupendas bicicletas para niño
o para niña.**



**Tres magníficos triciclos con cadena
de transmisión.**



**Dos formidables locomotoras con cuerda
que marchan a gran velocidad.**



**Una magnífica muñeca con su
«trousseau» completo.**



Un tren eléctrico con reostato para graduar su velocidad.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

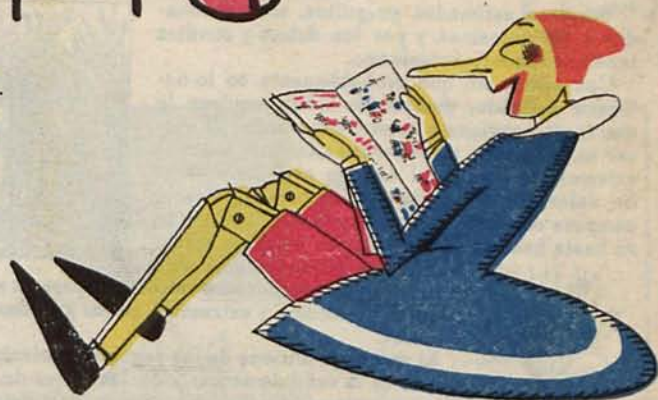
CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TED. 204-M — APART. 442

ED. "SATURNINO CALLEJA" — DIR. J. BARTOLOZZI.

ADMINISTRACION CIEDE Y TALLERES } SAN-SEBASTIAN } ADMINISTRACION CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES } MADRID.



AÑO I

NÚMERO IX

Precios de suscripción: AÑO..... 15 pesetas
SEMESTRE..... 7,75

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

PINOCHO QUIERE SER ALPINISTA



Pinocho ha leído en los libros, que en las cimas de los montes existen condores y águilas feroces. ¿Cómo acostumbrarse a la presencia de tan fieros animales? Pinocho tiene recursos para todo. Se fabrica un artefacto con unos cuantos palos; cuelga de él a un gallo atado por cola y cuello, y es tal el gesto de fiera que pone el animal que horroriza.

Pero Pinocho... ni pestañea siquiera.



Nuestro amigo piensa en los graves accidentes y en la necesidad que hace falta para sobrellevarlos. Se pone un dedo en la frente, hace el entrecejo, medita.

De pronto sonríe, y rápido trepa por una cañería, se encarama en un farol y se deja suspender por el faldón de su casaca. Uno, dos, tres minutos y... nada, su corazón no se altera.



A muchas cosas se ha acostumbrado ya nuestro intrépido muñeco; pero aún le quedan muchas: una de ellas es el marco. Pero ¿habrá algo imposible para este atrevido alpinista? Nada menos que al pararrayos de su casa se ha subido. Vedle en atrevida pirueta mirando a la calle. ¿Crecéis que se va a marear? ¡Ca, ni mucho menos! Ni una gota de sudor resbala por su frente...



... y ya que está en el tejado aprovecha la ocasión para aprender a escalar los más altos y los más agudos picachos. ¿Habéis visto jamás gesto más gallardo? ¡Qué seguridad al apoyarse en la pértiga! ¡Qué fino gesto de equilibrista! Vedle con qué intrepidez trepa por esa cordillera... de chimeneas.

(Continuará en el número próximo.)

CURIOSIDADES

EL AZÚCAR

Vosotros, estimados amiguitos, sois aficionados a las golosinas, y por los dulces y confites tenéis verdadero entusiasmo.

Con ello, y sin que probablemente os lo hubiesen indicado, demostráis saber emplear lo que tanto conviene a vuestro organismo. El azúcar es, en efecto, un poderoso alimento, hasta el extremo de que sin él casi no se podría vivir. Su valor hoy día es bajo, muy barato, si se le compara con los precios elevadísimos que alcanzó hasta hace algunos años, y su baratura actual

se ha conseguido gracias a la perfección de los métodos empleados para su económica producción y extracción en las grandes industrias.

El azúcar se obtiene de los vegetales, principalmente de la caña de azúcar y de las raíces de esa planta carnosa, que habréis comido más de una vez en ensalada, cortada en rajitas, de color rojizo, cuyo nombre es remolacha.

También tienen azúcar muchos árboles, y especialmente el arce, cuya savia, que es como la sangre de los árboles, la contiene en gran cantidad; existe en todas las frutas también, a las que



comunica el delicioso sabor que tanto os gusta. Sin embargo, a pesar de su abundancia en la Naturaleza, se extrae casi exclusivamente de la caña y remolacha.

La caña fué el vegetal primeramente usado. Ya en siglos anteriores a Jesucristo se sacaba el azúcar de la caña, y los indios parece fueron los que primeramente la cultivaron.

A los persas se debe su empleo como medicamento para fortalecer a las personas debilitadas y aun para cicatrizar las heridas.

Descubierta América, allá fué llevado el cultivo, y en aquellas fértiles tierras de centro y sur de América adquirió importancia inmensa su fabricación.

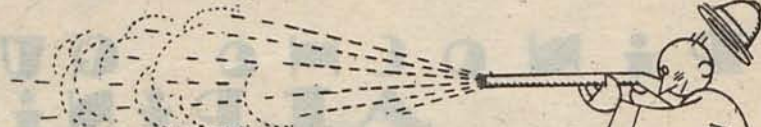
Hoy día en Europa se explota la remolacha con gran éxito.

Cuando después de haber andado mucho os encontréis fatigados, comed azúcar, que él os devolverá las energías perdidas.



ARCONTE.

NUEVAS AVENTURAS DEL BARÓN DE LA CASTAÑA



LA CAZA DEL MAIPÚ.

Cuando llegué a las márgenes del Amazonas encontré a todos los indígenas presos de la mayor consternación.

—Pero ¿qué les ocurre a ustedes?—les pregunté—; y ellos me contestaron:

—El maipú, ese terrible maipú negro que nos tiene aterrorizados.

Me enteré del caso. Un pájaro de grandes dimensiones, llamado el maipú, se había dedicado a asolar el país. En poco tiempo no había dejado una gallina sana, y su osadía era tanta que hasta arremetía a corderos y perros.

—Sálvenos, sálvenos, Barón de la Castaña—me dijeron los indígenas—; librenos del terrible maipú.

Desde aquel día dediqué todos mis esfuerzos a la caza de la alimaña; hice venir los fusiles de más largo alcance, y los mejores tiradores vinieron en mi ayuda para dar fin con el maipú negro; pero sin resultado, el pájaro burlaba siempre los más certeros tiros con un rápido regate y parecía invulnerable a nuestros plomos.

Yo sentí cómo empezaba a perder prestigio entre aquellos indígenas que al principio me habían acogido con entusiasmo, y decidí jugarle la última carta en aquella caza emocionante.

Hice venir a mi esposa para que me ayudase, y decidí utilizarla en lugar de arma de fuego.

Para evitar delaciones por las cuales el ave pudiera haberse enterado de mis planes, me encerré en el más completo mutismo, limitándome a asegurar a los indígenas el pronto fin del maipú, rogándoles que no me preguntasen por el medio que iba a emplear.

Comencé a hacer mi vida ordinaria; paseaba con mi esposa por el campo y no volvía a casa hasta el atardecer.

—Mi esposa fué la primera sorprendida, pues sin venir a cuento comencé a regalarle vestidos espléndidos y sombreros vistosos. —Me gusta que te vea todo el mundo muy elegante; la

esposa del Barón de la Castaña debe llamar la atención donde quiera que vaya.

Mi mujer no insistió más; estaba encantada de mi determinación, y cada día se compraba un nuevo sombrero y un nuevo traje.

Cada vez más empingorotada daba sus paseos conmigo por el campo, mientras que por encima de nuestras cabezas volaba el terrible pájaro, que seguía haciendo de las suyas.

Al poco tiempo hube de mostrar mi preferencia por uno de los trajes de mi mujer, un traje todo verde, que hacía juego con un elegantísimo sombrero, verde también, y que tenía como adorno una hermosa paloma prendida en la copa. —Así me gustará verte siempre; ésta y no otra es la «toilette» que has de usar para venir de paseo conmigo.

Mi esposa se sometió a esta disposición, y todas las tardes lucía en el paseo su traje verde y su sombrero con la preciosa paloma.

El maipú, que los primeros días volaba alto, desconfiando de mi presencia, creyendo, sin duda, que llevaba un arma escondida, comenzó poco a poco a familiarizarse con nuestra presencia, y de día en día voló más cerca de nosotros, como si quisiese que le echásemos algo de comer. —¿Por qué no le cazas ya—me decía mi esposa—, y yo le contestaba: —Espera, aún es pronto.

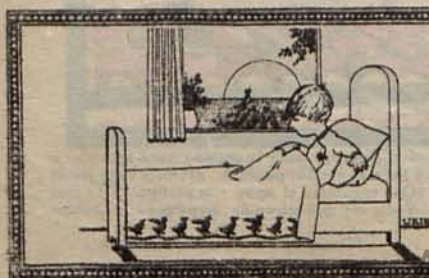
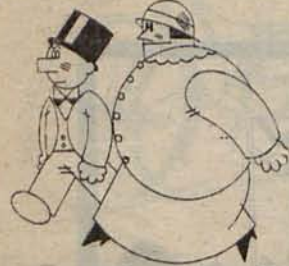
El pájaro se hizo cada vez más familiar; ya casi lo hubiéramos podido coger con la mano; todas las tardes nos acompañaba a mi mujer y a mí durante todo nuestro paseo y volvía con nosotros hasta la puerta de nuestra casa.

El día de la captura no tardó en llegar. Una tarde, al volver a nuestra casa acompañados por el maipú, vimos como éste se posaba, arrullando, en el sombrero de mi señora al lado de la paloma, y luego mansamente se dejaba coger por mí...

Los indígenas entusiasmados vinieron a felicitarme por mi triunfo y todos me preguntaron cómo me las había arreglado para capturar la alimaña. —Muy sencillo—les contesté—; el maipú era invencible por las malas, sus giros vertiginosos lo ponían al abrigo de nuestras balas; había que cazarlo por su parte sentimental. Yo hice que mi señora se vistiese con telas de colores llamativos; hice que su sombrero fuera adornado con la paloma más encantadora que pude encontrar; una paloma blanca, con ojos de azabache; la alimaña sintió deseos de verla de cerca, y lo que tenía que suceder, sucedió; el maipú quedó profundamente enamorado de la paloma. Lo demás ya lo habéis visto; desesperado por la impasibilidad de ésta se ha dejado cazar cuando le declaraba su pasión.

Por aquel hecho me hicieron indígena honorario.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con

JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)

y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con

JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)

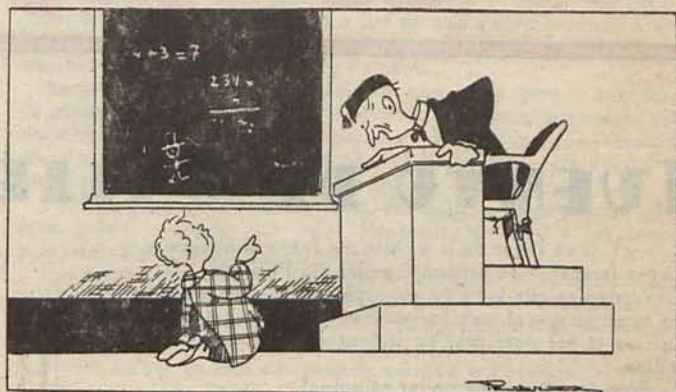
porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIAN

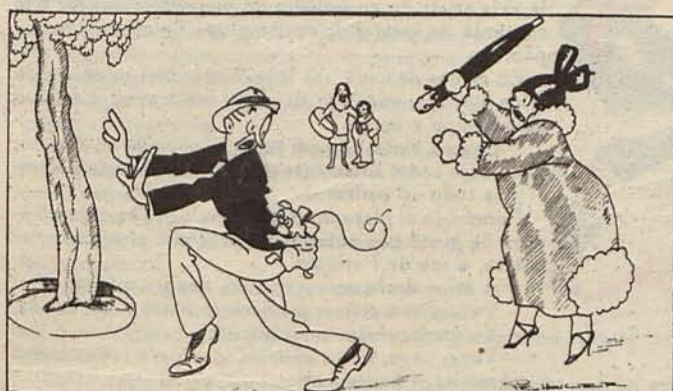
CHISTES



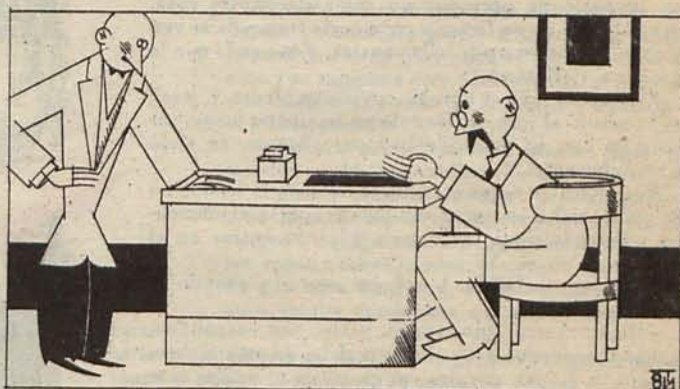
El marido.—¡Qué calor!
La mujer.—¡Exageras, Ruperto!
El marido.—Hija mía, ten en cuenta que yo estoy más cerca del Sol que tú.



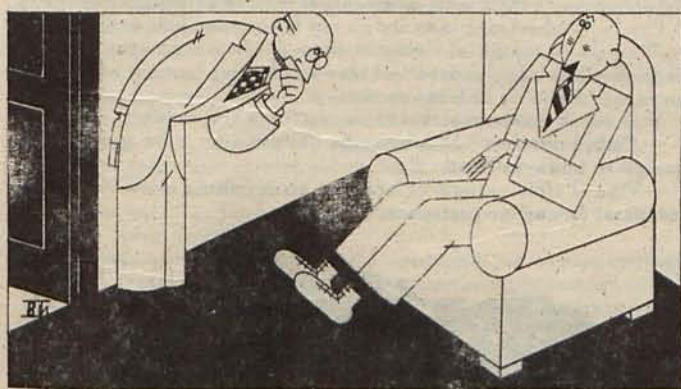
El maestro.—No te sale bien nada más que la jota.
El niño.—Es que soy de Zaragoza...



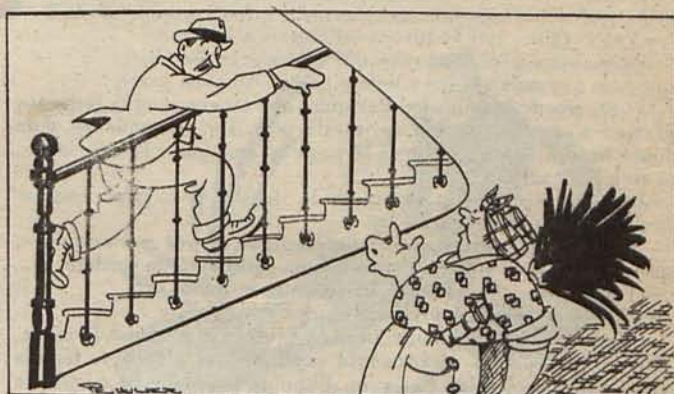
La señora.—¡Guardias! ¡Guardias! ¡A ese! ¡Al ladrón que se lleva mi perrito!



—De manera que el pariente lejano de que me hablaba es su hermano.
 —Sí, señor; muy lejano. Como que vive en el Japón.



—Pues sí, señor. Esos dolores que siente usted en la pierna derecha es la edad, nada más que la edad.
 Pues la misma edad tiene la izquierda y no me duele.



El horror a los ascensores.

La portera.—¿Pero no quiere usted subir en el ascensor? Mire que es sexto piso.
 —No importa, subiendo de cuatro en cuatro me resulta un principal.



POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER
 son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER
 son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.
 Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.

La venganza del loro Koriko.



CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

—¿Y si en lugar de ir a clase me fuera al bosque a coger fresas?— se preguntó aquel día Periquín.

Verdad es que lucía un sol espléndido; pero verdad es también que el muy holgazanote no necesitaba que luciese el sol para caer en la tentación de hacer novillos.

¡Bien cara había de pagar su culpa!

Apenas había salido de su casa, cuando Periquín oyó gritar al loro del entresuelo:

—¡Yo no quiero ir a la escuelaaaa!

—Maldito pajarraco —murmuró Periquín—; me ha adivinado la intención y grita para llamar la atención de mis padres.

(Ya comprenderéis que no había nada de eso; el loro decía «Yo no quiero ir a la escuelaaaa» porque en lenguaje de personas no sabía decir otra cosa; pero cuando no se tiene la conciencia tranquila se ven y oyen acusadores por todas partes, y eso es lo que le pasaba a Periquín.)

Furioso, el niño se agachó, cogió una piedra y, ¡zas!, se la arrojó al loro, hiriéndole en una pata; luego, satisfecho con su modo de imponer silencio, se alejó tranquilamente.

Pero Koriko —que es como se llamaba el loro— no se conformaba así como así; juró vengarse al momento, y volando siguió a Periquín y le vió entrar en el bosque.

Entonces se fue en busca del zorro, y cuando le encontró le dijo:

—Señor zorro, ¿no tendría usted, por casualidad, ganas de comerse a un niño que debe de estar sabrosísimo, a juzgar por las hermosas pantorrillas que luce?

Preguntarle a un zorro si tiene ganas de niño es como preguntarle a un niño si tiene ganas de natillas.

—¿Dónde está ese festín? —inquirió el zorro agitando la cola con impaciencia.

—Allí le tiene usted cogiendo fresas detrás de aquel matorral.

El zorro corrió hacia Periquín, y saludándole con mucha melosidad:

—Veo —dijo— que te placen las fresas; si quieres, yo te conduciré hacia un lugar, que yo solo conozco, donde las hay más gordas y dulces que en ninguna parte.

¡Lo que puede la golosina! Periquín, que no era ningún tonto, se apresuró a seguir a su ladino interlocutor, sin desconfianza, y de pronto he aquí que va el zorro, le pega un empujón y le hace caer... ¡jen su madriguera!

Allí había seis zorritos esperando la llegada de su papá, que había de llevarles el almuerzo.

—Pero, papá —exclamaron sorprendidos al ver a Periquín—, ¿qué nos traes? Si esto no parece ni una gallina, ni un cordero, ni...

—Tontuelos —dijo el señor Zorro—, ¡es un niño!

—¿Y eso se come? —preguntaron los zorritos.

—¡Ya lo creo! Poco blanca, tierna y sabrosa que tendrá la carne.

No necesitaron los zorritos más explicaciones, y toda la familia Zorro se abalanzó sobre Periquín. El pobre temblaba de miedo; ya sentía sobre sus pantorrillas —aquellas pantorrillas que tanto encantaban el apetito del papá zorro— los dientes agudos, cuando...

¡Pan! ¡pan! ¡pan! Sonaron tres golpes en la puerta de la madriguera.

Habéis de saber que, después de entregar su enemigo al zorro, el loro aún no se daba por contento; pensaba:

—¡Lástima de proporcionar a simples zorros tan magnífico festín.

Y se fué en busca del lobo y le dijo:

—El señor Zorro se ha apoderado de un niño gordozuelo que yo me proponía ofrecerte.

—¡Ah! miserable zorro —aulló el lobo indignado—; allá voy corriendo a quitarle su presa.

El era quien acababa de llamar; al verle, el zorro se quedó de una pieza; intentó salvarse con una mentira y, fingiendo gran contento, exclamó:

—¡Qué a punto llegáis! Precisamente tengo aquí guardado a un niño para brindarlo a los honorables dientes de Vuestra Excelencia.

Pero el lobo era bastante bruto y no le desarmaban las zalamerías.

—¡Mientes! —aulló—. No era esa tu intención; y para castigarte por el embuste, os devoraré a todos, y al niño además.

Al punto se comió al señor Zorro; luego metió a los zorritos en

un talego, agarró a Periquín con una pata y se encaminó más que a prisa hacia su guarida.

Los lobeznos acogieron a su padre con grandes muestras de entusiasmo:

—¿Qué nos traes de merienda, papá? —le preguntaron, rodeándole.

—Os traigo, hijos míos —contestó el Lobo—, seis zorritos y, además, un postre succulento. Mirad.

Al ver a Periquín, los lobeznos batieron palmas de alegría:

—¡Ay, qué bien! —aullaban encantados—, ¡qué rico postre! ¡Gracias, papá!

Y el pobre Periquín no pudo menos de establecer una relación estrecha entre la acogida de los lobeznos y la que él mismo prodigaba a su padre cuando le veía sacar de su bolsillo un paquetito blanco, que contenía un pastel de crema o una figurita de mazapán.

En menos de nada, los lobeznos hubieron devorado a los zorritos, mientras su padre les contemplaba con satisfacción y decía:

—Comed, ricos, comed; yo ya he saciado mi apetito; os lo dejo todo; solamente probaré un poco de postre.

¡Era todo un padrazol!

Concluido el plato fuerte, la familia Lobo, relamiéndose de gusto por anticipado, procedió al reparto del postre, o sea de Periquín.

—A mí —decía uno— que me den las manos.

—Yo —decía otro— prefiero la nariz y las orejas.

—Yo un pie —decía un tercero.

—Vaya, vaya, no os apuréis, que para todos habrá —afirmaba el padre Lobo.

¡Pobre «postre»! ¡Tenía carne de gallina, se había quedado helado, cual un sorbete, y temblaba más que un flan!

Resuelto ya el reparto, todos los lobeznos, capitaneados por su papá, se abalanzaron; Periquín lanzó un grito de angustia y...

¡Pan! ¡pan! ¡pan! Sonaron tres golpes a la puerta de la guarida.

Habéis de saber que el loro, que decididamente era bastante indeciso en sus venganzas, había pensado:

—El tal Periquín tiene el alma negra y el corazón de piedra berroqueña; pero su carne es blanca y tierna y constituye un regalo digno de la mesa de un rey.

Y al rey de los animales, al león, se fué a ver, volando, y le dijo:

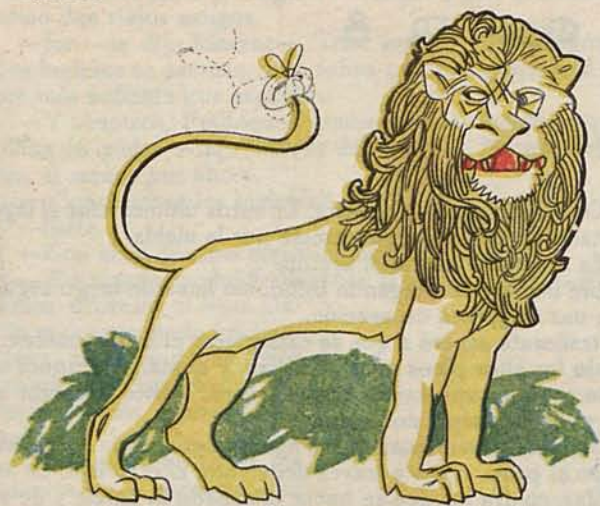
—¿Sabes una cosa? El lobo se ha llevado a un niño gordozuelo, que yo te tenía destinado a ti.

—Vive el cielo —rugió el león, que tenía cultura clásica—. Sabré recuperar lo que me pertenece.



Y corrió a la guarida del lobo y llamó. Al verle, el lobo se echó a temblar; pero en su terror se acordó del ardid que el zorro intentara emplear con él, y resolvió imitarle:

—¡Oh, Señor! —murmuró inclinándose con respeto—. ¡Qué gran honor es para mí recibir tan egregia visita! Tanto más cuanto que aquí tengo en reserva un niño para el regio estómago de Vuestra Majestad.



—¡Mientes, villano! —rugió el león, que tenía aquel día malas pulgas—. Y voy a castigar de un bocado tu embuste y tu glotonería. No de un solo bocado, por supuesto; pero sí de pocos más se zampó al lobo; luego metió a los lobeznos en un talego, cogió a Periquín y se fue hacia su palacio.

Cual corresponde a Altezas Reales, los hijos del león se hallaban correctamente sentados en torno a la mesa, con las servilletas anudadas a sus augustos cuellos, esperando la cena que su padre había ido a buscar.

El rey león entró agitando triunfalmente la guedeja y rugiendo:

—Ved, hijos míos, qué buena comida: seis hermosos lobeznos y, además, un niño gordozuelo y apetitoso.

La reina leona protestó, inquieta:

—¿Todo eso van a comer esta noche? ¿Y si les hace daño?

—¡Bah! —repuso el monarca con una sonrisa indulgente—. Llamaremos mañana al médico, doctor Cuervo, para que les recete una purga y les cure la indigestión.

Entre toda la familia los lobeznos fueron devorados con un apetito que hizo temblar al pobre Periquín por la suerte que le esperaba.

Pero en el preciso instante en que le llegaba su turno...

¿Apuesto a que esperaréis oír los tres golpes ¡pan!, ¡pan!, ¡pan!, en la puerta del palacio?

Pues nada de eso; lo que se oyó fue un zumbido, algo así como ¡gssss!, ¡gssss!, ¡gssss!, y por la ventana...

Pero es preciso volver un poco atrás.

El loro estaba ya tan contento con su última idea que quedó fro-tándose las patas de gusto.

De esta hecha —dijo en voz alta— no escapa el amigo Periquín a los dientes de la familia de los leones. Vaya un festín que...

En este momento una vocecilla le preguntó:

—Oye, amigo loro, ese Periquín de quien hablas, ¿dónde está?

Y el loro vio a un mosquito, que era el que le interpelaba.

—Y tú, ¿para qué quieres saber dónde está Periquín? —exclamó el loro—. Para comértelo no será.

—Estás equivocado —contestó el mosquito con firmeza—; comérmelo, tal es mi intención.

La gracia que le hizo al loro esta ocurrencia, no es para contada.

—¡Tú! —exclamó—. ¡Tú, insecto microscópico, pretendes comer-te a un niño que es un millón de veces, por lo menos, más gordo que tú!

Y empezó a reírse con tantas ganas, que se colgó de un árbol, por el pico, y se puso a rascarse la tripa, gritando entre carcajada y carcajada:

—¡El mosquito va a devorar al niño! ¡El mosquito va a devorar al niño!

—Y a tí también, si me molestas —zumbó el mosquito impacien-tado.

—¡Uy, qué miedo! —gritó el loro fingiendo pánico—. ¡Que me come, que me come!

—Déjate de tonterías y dime dónde está el niño.

—Pues el niño, terrible mosquito, está en el palacio del león.

Y el mosquito, sonando su trompeta, ¡gssss!, ¡gssss!, ¡gssss!, voló hacia el palacio y se metió por la ventana, en el preciso instante en que los leones acababan de merendarse a los lobeznos y se disponían a emprenderla con el atribulado Periquín.

El mosquito no vaciló: fue derecho al soberano y, ¡gssss!, le picó en la punta de la nariz.

El león lanzó un rugido, levantó una pata contra aquel invisible enemigo y, ¡paf!, la dejó caer sobre uno de sus hijos.

El leoncillo, furioso, pegó un empujón a uno de sus hermanos, le derribó al suelo y todos cayeron unos encima de otros, rugiendo y pegándose, mientras el mosquito iba de uno a otro picando a este en la boca, a otro en el lomo, o en una oreja, o en una pata y enlo-queciéndolos a todos de dolor y de rabia.

Acurrucado en un rincón, Periquín, que había estado tan cerca de perder la vida, pero no había perdido la cabeza, tuvo ante este espectáculo como una luz de esperanza. «Esta es la mía» —murmuró—; y a la chita callando se deslizó hacia la puerta y huyó sin que los leones se diesen cuenta de nada.

Pero el mosquito estaba en todo. «El niño se ha escapado, ¡gssss, gssss, gssss!» —zumbó—; y salió disparado, dejando a los leones pelearse en paz, mejor dicho, en guerra.

Por mucho que corriera Periquín, el mosquito logró darle alcan-ce, y como las mordeduras que les infligió a los leones no habían sido para él sino un pequeño piscolabis que despertara su apetito, se precipitó sobre su nueva presa y...

Bueno, lo que es esta vez nada le salvaba a Periquín; el infeliz, picado y mordido, lloraba, forcejeaba, suplicaba, pedía auxilio, sin que el despiadado mosquito cesase en su empeño.

Y hubiera acabado por dejarle en los huesos, a no haber atraído los gritos de Periquín a un matrimonio de golondrinas que volaban cerca de allí. Estas golondrinas vivían precisamente bajo el tejado

de la casa de Periquín y le conocían y le que-rían a pesar de sus defectos, porque más de una vez les desmigó el niño un poco de pan, y hasta de bollo o de pastel.

Al verle así torturado por el mosquito, una de las golondrinas partió a todo volar hacia la casa de Periquín, y mientras la otra abría el pico y se zampaba muy bonitamente al insecto, ella llegaba a la casa de Periquín y llamaba a la mamá, piando:

—¡Señora mamá! ¡Señora mamá! ¡Que un mosquito está devorando a Periquín!

¡Cielos, y cómo se encontró la pobre señora a su hijo! Cubierto de barro y de polvo, de sangre y de lágrimas, hipando y sorbiendo, con las ropas hechas jirones, el cabello enmaraña-do y la cara hinchada, el desventurado Peri-quin estaba como para quitarle el hipo a un

hipo... pótamo.

La mamá le cogió en brazos, se lo llevó y, ¡puff!, lo sumergió en un baño; luego le secó y le metió en la cama.

Desde aquel día memorable, Periquín está desconocido: no hace novillos ni por casualidad, y en la escuela trabaja con aplicación.

No va nunca al bosque a coger fresas y se contenta con comer las que le sirven en su casa.

Y no ha vuelto a tirarle piedras a nadie, y menos al loro del en-tresuelo.

Ahora que, eso sí, cada vez que le ve le echa una mirada de odio africano y murmura: «Mal perejil te den...»

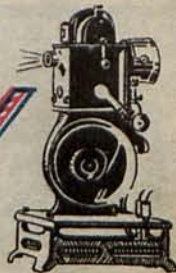
Pero lo murmura entre dientes... por si acaso.



Camera y Patkè-Baby

**EL CINE DE FAMILIA
A PLAZOS Y AL CONTADO
PELIGROS. 14 Y 16 MADRID**

Ayuntamiento de Madrid



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALLGARD

(Continuación.)

gente; y vosotros, Wolf y Ulric, nos esperaréis a la salida del pasadizo secreto. Ahora, señor Riberac, ¿queréis responder a las señales que hace el buque?

—Sería conveniente. Aunque yo permaneciese callado, el agente del marqués vendría igualmente.

—Así podremos verlo.

—Y oírlo.

—¿Sin vendernos?

—He cometido graves errores contra vosotros y he de compensaros jugando a los ingleses una mala pasada. Me siento francés.

—Y de Jor, ¿podemos fiarnos?

—Ahora, sí. De Davis no respondería; pero aquél era un mestizo.

—No obstante, por precaución, se quedará Petifoque vigilándolo —dijo Cabeza de Piedra.

—Haced como queráis.

¿Me acompañáis? Así veréis la nave que ha de estar pronto cerca de aquí.

—Una pregunta todavía.

—Decid.

—¿Estará en ese velero el maqués de Halifax?

—Muy fácilmente.

—¡Ah...! Pero no se atreverá a desembarcar.

—No lo creo.

El señor Riberac tomó el grueso arcabuz, abrió la puerta del fortín y salió al exterior, atravesando rápidamente el puentecillo.

El viejo bretón le seguía con sus armas ya cargadas: una carabina y dos pistolas de largo cañón y tiro doble.

El huracán parecía calmarse, pero el lago parecía estar aún muy revuelto, a juzgar por el mugido de las olas, que repercutía como el estampido del cañón en la floresta inmensa. Una pequeña claridad aparecía por Oriente, abriéndose paso entre los girones de vapor acuoso, en desenfadada carrera por la atmósfera, impulsados siempre por un viento helado.

Los dos hombres caminaron en silencio durante diez minutos y llegaron al fin a la orilla del lago. Un hermoso bergantín de esbeltas formas, armado de dos docenas de cañones, se mecía al otro lado de los arrecifes, virando de bordo a cada momento.

—Es el navío inglés que esperaba —dijo Riberac—. ¡Son puntuales estos hombres para tratar sus asuntos!

—¿Lo ha visto usted antes?

—Sí, ha estado aquí hace tres semanas. Iba dando caza a vuestra embarcación.

—¿Y esa gente tan brava no ha sido capaz de darnos alcance...? ¡Y eso que llevábamos una barca destartada que navegaba menos que un cangrejo!

—Os habrán perdido de vista. En estos últimos días el lago ha estado envuelto completamente por la niebla.

—Es verdad —asintió el bretón.

Sobre la proa del bergantín brilló una línea de fuego seguida de una fragorosa detonación.

El traficante esperó a que se extinguiese el eco, rumoreando bajo los altos pinos y los abedules, y descargó después su grueso arcabuz, apuntando hacia el lago. Volvió a cargar el arma y disparó otras dos veces.

El bergantín, aun cuando las aguas continuaban revueltas, se puso al paio, o sea a través del viento, al otro lado de los arrecifes, contra los que se había estrellado la barca, y de su bordo lanzaron al espacio un cohete azulado.

—Todo va bien —dijo el traficante—. Me han entendido y dentro de poco tendremos en mi casa al agente del marqués.

No conviene que nos encuentren aquí y os vean. Por otra parte, ese hombre conoce el camino.

—Esperemos a que boten la chalupa —dijo Cabeza de Piedra—. Quisiera contar los marineros que han de tripularla.

—¿Para acometerlos?

—No entablaré combate a fondo, estad seguro. Los haremos escapar simplemente por medio de una carga de tambores. El bergantín debe de llevar una tripulación numerosa, y si desembarcaran todos, ¡pobres de nosotros!...

—Un hombre y seis marineros —dijo el traficante—. ¿Los veis?

—Nuestra empresa no ofrecerá muchas dificultades —repuso el viejo bretón.

Los del bergantín acababan de botar al agua una chalupa, tripulada por siete hombres; la pequeña embarcación se dirigía rápida hacia la playa, luchando vigorosamente contra la resaca.

—Volvamos —dijo el traficante—. Voy a daros una prueba de que he abrazado

para siempre la causa americana. Escucharéis todo cuanto me diga el señor Oxford.

—¿Es el agente del marqués?

—Sí; y, a lo que parece, su brazo derecho.

—¿Si pudiésemos hacerlo prisionero!...

—Se os vendría encima toda la tripulación del bergantín, y os haría pasar un mal rato.

—Si me cogen me ahorcan, de seguro; el marqués nos odia a muerte a Petifoque y a mí. Le hemos hecho muchas ya. Veremos; ya me las compondré.

—Sed prudente; no olvidéis que solamente somos seis.

Acelerando el paso llegaron al almacén, entrando en él por el pasadizo secreto.



Gran Variedad en
JUGUETES
GRAN VÍA 18
EXTENSO SURTIDO EN COCHES DE NIÑO
Ayuntamiento de Madrid

Los dos hessianos estaban sentados en los tambores y fumaban tranquilamente.

—Estad preparados a todo —les dijo Cabeza de Piedra.

—Sí, padre —contestaron los dos valerosos soldados dando una sonora palmada en las culatas de sus carabinas.

El traficante y el viejo cañonero encontraron en la vasta sala, sentados junto al fuego, a Petifoque y Jor, que charlaban como dos viejos amigos.

—Jor —le dijo Riberac—. Trae vasos y muchas botellas. Los ingleses se acercan, y ya sabes que esa gente está siempre más sedienta que esponjas.

—Y nosotros, Petifoque, vamos a escondernos entre los rollos de pieles —dijo Cabeza de Piedra—. No nos dejemos ver, al menos por ahora.

—¿Son muchos los ingleses?

—Siete.

—Con unos cuantos disparos los derrotaremos.

—¿De ningún modo! Se llevarían la chalupa y no podríamos nunca atravesar el lago. Darán mejor resultado los tambores, redoblando en ellos cuando yo diga. Señor Riberac, cuento con vuestra lealtad.

—Francia ayuda a los americanos, y nosotros, que somos canadienses, o, lo que es lo mismo, franceses, haremos otro tanto. Estad tranquilos y confiad en la rectitud de mis intenciones, de que también Jor participa.

—Ahora sí —dijo el marinero.

—¡Silencio! —dijo en aquel momento Petifoque, apoximándose a la puerta—. Los ingleses llegan.

—¡Escondámonos! —dijo Cabeza de Piedra.

En un instante los dos bretones atravesaron el almacén y desaparecieron tras las cajas, los barriles y los rollos de pieles.

Un momento después, los ingleses entraban en el fortín.

CAPÍTULO V

LA CARGA DE TAMBORES

La patrulla que el bergantín había desembarcado, no obstante el mal tiempo y los graves peligros que presentaba la resaca al acceso, se componía de siete hombres. Seis de ellos eran marineros de gallardas formas, rubios, sonrosados y de ojos azules, armados de carabinas y machetes de abordaje, gente que ya conocía el olor de la pólvora y a quienes no espantaría una sorpresa.

En cambio, el séptimo era un hombre de unos cincuenta años, con uniforme de oficial, aunque sin los vistosos galones de oro que usaban las gentes de mar procedentes de cualquiera de las Academias náuticas de Inglaterra.

Era alto, delgado, con los cabellos algo entrecanos, ojos de color de acero, rostro algo rugoso y cuidadosamente afeitado.

De su cintura pendían dos grandes pistolas de doble carga y una pequeña hacha.

El traficante se adelantó a recibirle, diciendo:

—Señor Oxford, podéis consideraros como si estuviérais en el bergantín. ¿Cómo está el marqués de Halifax?

El hombre flaco arrugó la frente, lanzó una rápida ojeada en su derredor y viendo al canadiense, que continuaba sentado ante el fuego, dijo a Riberac con voz algo altanera:

—¿Quién es?

—El lugarteniente de Davis. Podéis hablar libremente. Lo sabe todo.

—¡Buen servicio nos han hecho los tales canadienses...! No han sido capaces de apoderarse de Cabeza de Piedra.

—La tempestad los ha sorprendido, señor, y la barca se ha destrozado contra los peñascos. ¿No habéis visto los restos?

—Sí; pero debían ser pésimos marineros los hombres de Davis. ¿Y dónde anda el mestizo?

—Aquí no ha llegado. Quizás se haya ahogado con dos de sus hombres, tras de haber preparado una mina en la proa de la barca y haberla hecho saltar en pedazos. Yo estaba en la playa y he visto la llamarada, primero, y después, volar el puente.

—Han sido unos imbéciles —dijo el secretario del marqués—. Queríamos coger vivos a Cabeza de Piedra y a su compañero Petifoque. De los traidores alemanes que han hecho causa común con los americanos no nos ocupábamos para nada; solamente habíamos preparado dos sólidos lazos para colgarlos.

Empujó con el pie una caja y se sentó junto a la chimenea, aceptando un vaso de ginebra que le ofrecía Jor.

—De modo que, por lo que he podido comprender, hemos perdido la partida —continuó con voz dura—. ¡Y el marqués no había reparado en gastos! ¿Vos no tendréis las dos cartas que le interesan?

—Yo no estaba a bordo de la barca. Mi puesto era aquí.

—¿Sabéis que de esas dos cartas depende todo el plan de guerra de los americanos de Ticonderoga?

—Me lo dijisteis, en efecto.

—Y además queríamos saber si el barón Mac-Lellan ha venido por aquí. Su hermano le espera para restituírle las dos estocadas que de él recibió, primero, en Boston, y más tarde en Long Island. En suma, ¿no se sabe

dónde ha ido a parar Cabeza de Piedra?

—Aquí no ha venido; pero sabemos que pudo dejar la barca antes de la voladura.

—¿Dónde estará? Las dos cartas que lleva consigo le son necesarias al marqués.

—Ni Jor ni yo lo sabemos.

—Se habrá refugiado en el bosque con sus compañeros.

—¿Se ha advertido a los indios iroqueses para que los capturen?

—Yo lo he hecho ya —repuso Riberac.

—¿Y están ya en movimiento?

—No deben hallarse lejos.

—¿Quién los manda?

—Un *sakem*, ya famoso, que se llama el Caribú Blanco.

—¿De confianza?

—De toda la confianza que puede inspirar esa clase de gente.

—¿Habéis pagado a esos indios?

—He distribuido entre ellos todas las guineas que me entregasteis, así como las cajas llenas de armas de fuego.

El señor Oxford hizo un gesto de mal humor, bebióse otro vaso de ginebra, en lo que los seis marineros siguieron su ejemplo, y descargó un fuerte puñetazo sobre la caja que le servía de asiento.

—Algo bien distinto esperábamos de vosotros —dijo colérico—. ¡Bien ha pagado el marqués, sin embargo...!

(Continuará en el número próximo.)



BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO

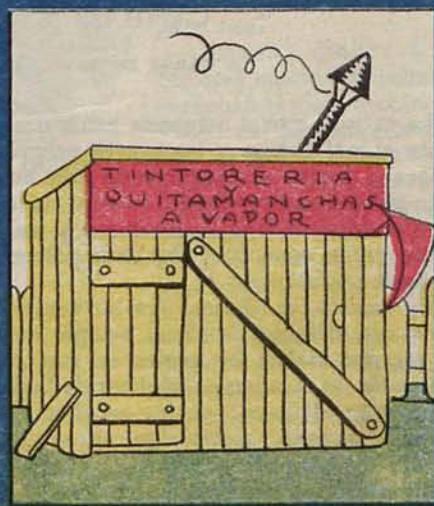
CAPITAL PTAS. 50.000.000 RESERVAS PTAS. 20.757.452
DOMICILIO SOCIAL CALLE DE ALCALA 14 MADRID
CAJA DE AHORROS

SE ADMITEN IMPOSICIONES HASTA UN LÍMITE DE 10.000 PESETAS ABONÁNDOSE EN LA ACTUALIDAD INTERESES A 4 POR 100 ANUAL

TODOS TITULARES DE UNA CARTILLA CON SALDO MÍNIMO DE 25 PESETAS TENDRÁN DERECHO AL DESCUENTO GRATUITO DE UNA TUCHA DE AHORRO, QUE DEBERÁ DEVOLVER AL LIQUIDAR LA CUENTA O AL REDUCIR EL SALDO A MENOS DE LAS REFERIDAS 25 PESETAS



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ALFUYAS DEL GUERRERO VALIENTE



ES CHIN-CHIN-CHON, EL 12
UN EMPERADOR MUY FIERO



NO HAY NINGUNA JAPONESA
MAS BELLA QUE LA PRINCESA



EL GUERRERO MAS VALIENTE
QUE SE CONOCE EN ORIENTE.



LA PRINCESA Y EL GUERRERO
JURANSE AMOR VERDADERO



SI QUIERE TU CORAZÓN
QUE LE DEMUERTE AL DRAGÓN



POR SU AMOR A LA PRINCESA
ACOMETE TAL EMPRESA



SE TROPIEZA UN HECHICERO
A LA VUELTA DE UN SENDERO



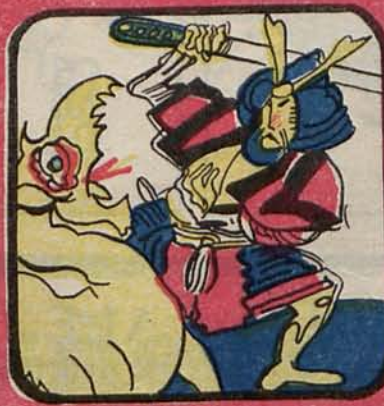
EL CUAL LE DICE MUY FINO
POR EL PUENTE ES EL CAMINO



HE AQUÍ EL PALACIO ENCANTADO
POR EL DRAGÓN HABITADO.



ESTE SURGE DE IMPROVISO
MAS ALTO QUE UN QUINTO PISO



Y MUERTE LEDA AL DRAGÓN
DE UN TAJO EN EL CORAZÓN



Y LA HISTORIA TIENE FIN
PUES SE CASAN EN TONQUÍN.

¿SABEIS POR QUÉ...?

DIVULGACION CIENTÍFICA

¿POR QUÉ ALGUNOS ANIMALES TIENEN LUZ?



acaso nada más os dijeron que eran luminosidades despididas por unos bichitos llamados gusanos de luz. Nosotros os vamos a decir un poquito más.

En efecto, hay unos pequeños insectos que producen luminosidades, vulgarmente conocidos por el nombre de luciérnagas o gusanos de luz; pero su nombre científico es *Lampyrus noctiluca*. Estas fosforescencias las emiten cuando son irritados sus nervios por excitaciones provocadas por el frote, el calor u otros diversos medios.

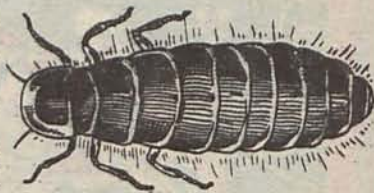
Habitán estos gusanos en lugares húmedos, y permanecen durante el día ocultos entre las hierbecillas.

Cuando vuelan los machos de esta especie animal

Paseándose por el campo en las noches de verano, os habrá llamado la atención ver entre la hierba unas lucecillas, y en seguida habréis preguntado la causa de esas pequeñas iluminaciones. Pero

lo hacen en dirección vertical, iluminándose la extremidad de su cuerpecillo.

Las hembras, que por no tener alas quedan en el suelo, se doblan entonces sobre sí mismas, dejando hacia arriba la parte iluminada. De este modo procuran hacerse ver por los



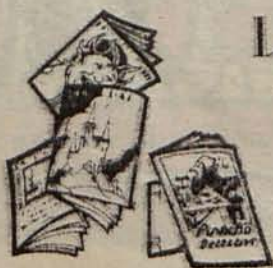
que revolotean, para luego reunirse con ellos.

No solamente son las luciérnagas los únicos animales que pueden despidir luz: existen otras especies, entre las que puedo citar a las *Medusas*, seres acuáticos que, agrupados en gran número, iluminan, aunque débilmente, grandes extensiones en el mar, produciendo agradable impresión a los pasajeros de los trasatlánticos que navegan por los océanos en que se encuentran.

ARCONTE.



HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESES



LIBRERIA DE ALEJANDRO PUEYO
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER 16 MADRID

Gran surtido en CUENTOS
y libros para niños y toda
clase de lecturas morales

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIAS DE ANIMALES

LA MOSCA ANDALUZA

A mi amiguito Alfredín

No se sabe cómo aquella mosca sevillana echó un día a volar, a volar, y en un vuelo largo, apenas descansando en los escaparates de las confiterías, se plantó en Noruega.

No lo querréis creer, pero así fue.

La mosca andaluza revoloteó por las calles de Oslo, como ahora se llama, en vez de Cristianía, la capital de Noruega. Estuvo a punto de morir de frío. Ella, la pobre, no estaba acostumbrada a aquella temperatura tan baja.

Por una rendija se coló en una casa. Ardía una chimenea en el despacho, y la mosca andaluza reaccionó pronto del frío que había pasado en la calle.

Entonces pensó seriamente en su porvenir. Era necesario ganarse el sustento; era preciso picar. Tal es la obligación de una mosca prudente.

¡A picar, pues!

Sobre la calva del sabio profesor Stroussens, aquella calva reluciente como un suelo encerado, que pertenecía al más grave y eminente profesor de toda Noruega, hizo la mosca su primera prueba.

El profesor sintió que se le metía en la cabeza, con la picadura, una cosa extraña. Se puso en pie, espantó la mosca, castañeteó los dedos de sus manos, se puso luego en jarras y empezó a cantar:

¡Arenal de Sevilla, y olé!
¡Torre del Oro!

La familia del profesor Stroussens, al verlo de aquella forma, bailando el zapateado por los pasillos, envió a buscar un médico.

Cuando llegó el médico, ya había picado la mosca a toda la familia del serio profesor, y se celebraba en la casa una juerga de lo más castizo que puede darse.

La señora Stroussens bailaba un fandango, jaleada por el resto de sus parientes más próximos.

El profesor tocaba la guitarra, y un primo suyo, catedrático de griego, cantaba soleares y pedía vino.

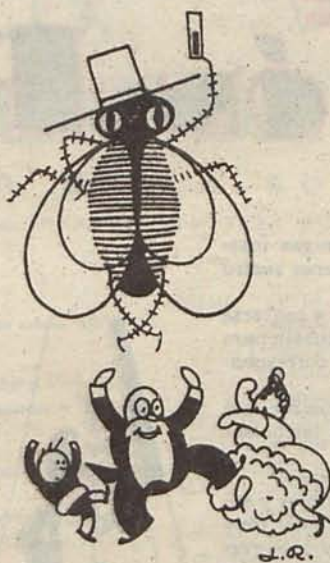
Aquella juerga se prolongó hasta la madrugada.

La mosca los dejó metidos en jarana y se echó a la calle a picar a todo el mundo.

A las pocas horas, Noruega no parecía Noruega. Todo el mundo cantaba, bailaba y tocaba las castañuelas, prorrumpiendo en vivas al Guadalquivir y a la Giralda.

Las autoridades pensaron, con toda seriedad, reprimir aquel estado de cosas. La mosca picó a las autoridades, y todo se arregló.

Y ya no se ocuparon las autoridades de Noruega de otra cosa que de discutir si debían organizar la Semana Santa o la Feria y de contratar a Belmonte para todas las corridas.



MEMORIAS DE UNA SARDINA

En el fondo no se pasaba mal.

El Mediterráneo es un mar bastante divertido.

Todas las sardinas de nuestra edad nos divertíamos lo más posible y no faltábamos a ninguna distracción.

Una tarde paseábamos un grupo de amigas por la calle de los Tres Peces, cuando vimos mucha gente entrar por unas cuerdas cruzadas que pendían de la superficie.

—¡Debe ser muy divertido lo que haya dentro cuando pasan tantos peces!

Sí —dijeron mis amigas a coro—. Entremos.

Una merluza vieja nos gritó dede lejos:

—¡No entréis! ¡Es una red! ¡No volveréis más!

Pero nosotras nos reímos de sus advertencias y pasamos por las cuerdas. Cuando quisimos salir, porque allí no había nada de particular, las cuerdas se habían cerrado y nos llevaban para arriba.

—¡Feliz viaje! ¡Feliz viaje! —nos decían los peces que se quedaban fuera; y nosotras agitábamos la cola en señal de despedida.

Salimos del agua todos, muchos, dentro de la red. Algunas merluzas se desmayaron. Les faltaba aire como a las señoras gordas cuando han subido las escaleras.

Nos llevaron en cestos a una casa grande que echaba humo.

La primera impresión, al entrar, no fué

muy agradable. Nos metieron en un horno y nos arrancaron la cabeza.

Esto me molestó mucho. Nunca me había separado de mi cabeza y no me acostumbraba a estar sin ella.

Después nos hicieron un gran favor: nos quitaron las espigas.

No sabéis la incómodo que es llevar espigas dentro. Digo, ya os habréis clavado alguna en cualquier ocasión. Pues calculad lo que será llevar muchas y todas pinchando.

Me llevaron hasta una caja de lata y allí me empujaron. Las sardinas que había dentro comenzaron a protestar.

—¡Eh! ¡Que no entren más, que está muy lleno! ¡Que nos vamos a prensar!

En realidad, llevaban razón. Estábamos más apretadas que en el «Metro».

Una lluvia de aceite calmó los ánimos. Luego cerraron la lata.

¿Cuánto tiempo estuvimos encerradas? No lo sé. Sólo recuerdo que nos aburríamos y que organizamos un campeonato de carreras, que no pudo realizarse por falta de espacio dentro de la lata.

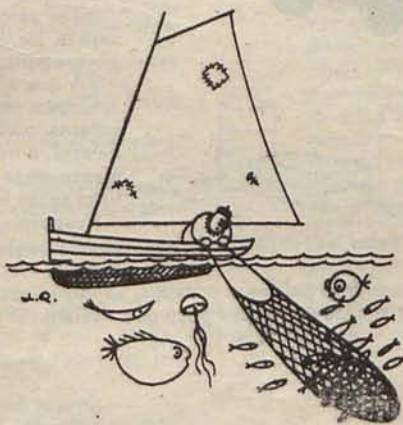
Cuando la abrieron me encontré en un comedor. Un niño, subido en una silla, gritaba:

—¡Esta para mí! ¡Yo quiero ésta!

Y me señalaba con un dedo muy sucio.

—¡Estate quieto, Pepito!

Y no recuerdo más, ni vi más. Pepito tenía en sus manos un tenedor y un cuchillo, y, además, un apetito enorme.



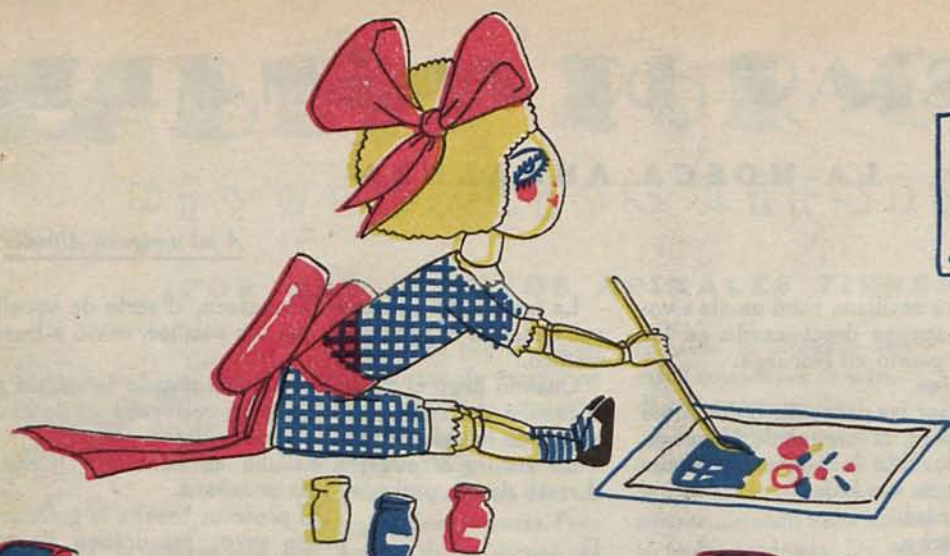
Muñecas Pagés

Trajes para Niños

PERRITO XAUDARÓ

Peligros 6 Y 8 (entresuelo) Madrid

Ayuntamiento de Madrid



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, COSTURERA

Lolita, Charito, Piluca y Carmela son cuatro amigas inseparables, lo mismo que los Tres Mosqueteros, que eran cuatro también.

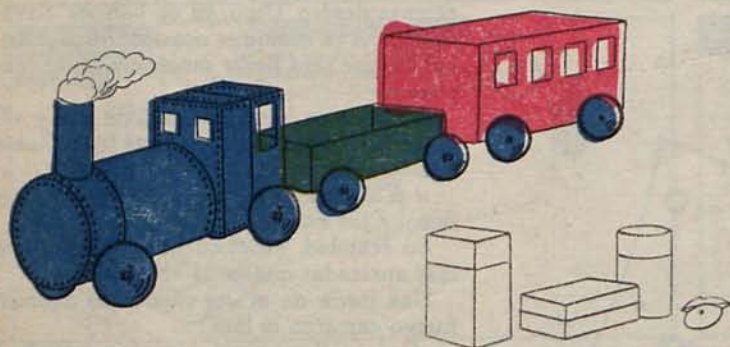
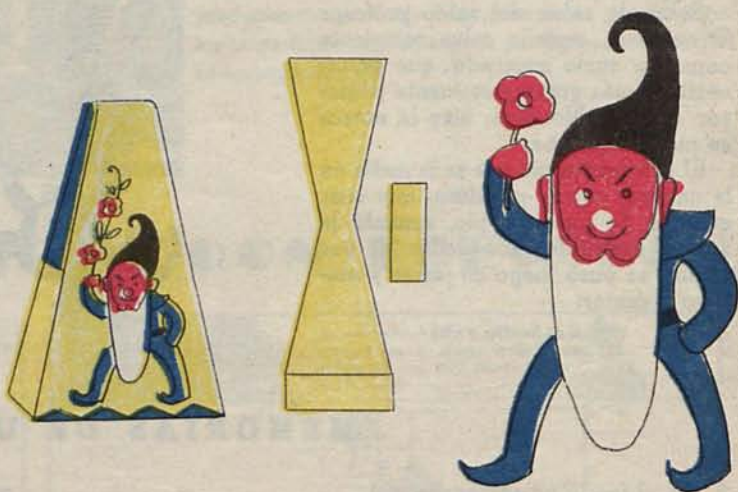
Se reúnen a diario, y no solamente para charlar y contarse sus cositas, cual unas locuelas parlanchinas, sino también para hacer labores preciosas que cada una lleva en su correspondiente cesta o bolsa de labor.

Piluca se ve ahora en un conflicto; su cestita de mimbre está estropeadísima y se avergüenza de compararla con las bolsas flamantes de sus amigas.

¿Qué hacer? ¡Bah! seguir mis consejos, sencillamente.

Rebusca, Piluca, en el talego de los trapos inservibles y encontrarás algún trozo de bayeta amarilla o de cualquier tono chillón; córtalo y cóselo en la forma que indica el adjunto grabado y pega encima este simpático y barbudo gnomo, hecho también con telas recortadas. Si lo prefieres en lugar del gnomo puedes pegar o bordar cualquiera de los personajes o dibujos que vengo ofreciendo a mis lectoras en todos los números de PINOCHO.

De todos modos, la bolsa de costura ha de resultar tan original como práctica y barata y me gustaría poder comprobar, por el ojo de la cerradura, el efecto que producirá su aparición sobre Carmela, Lolita y Charin.



de los vagones, atravesándolos a modo de eje con unos palitos cuadrados, o clavito. Y ya tenéis así un tren magnífico, que andará solito por poco que tiréis de él y hasta silbará por poco que os coloquéis a su lado y sopléis un pito.

PIRULA, FABRICANTE DE JUGUETES

Si alguna vez, en lugar de regalaros un juguete vuestros papás, os dieran para entreteneros unas cuantas cajitas de cartón, ¿qué haríais?

Sin duda torceríais el gesto y protestaríais afirmando que «eso» no sirve para nada.

¡Qué error! Todo sirve para algo, y precisamente con unas cajitas de cartón de diversos tamaños se pueden hacer juguetes preciosos; por ejemplo, un tren.

¿A que sí? Prueba al canto.

Coged las cajitas, que serán unas cuadradas, otras rectangulares, otras tubulares, etc., etc. Pintad unas de verde, otras de azul, o de encarnado, o de amarillo, y unidlas convenientemente unas a otras por medio de unos hilos fuertes o unos bramantes finos.

Proporcionaos luego unos redondelitos de madera, de esos que la gente llama vulgarmente «almas», y que no son sino botones sin forrar, y colocadlos a cada lado de las cajas, digo, en cuyos extremos clavaréis transversalmente un breve alfiler

PIRULA, MUEBLISTA

El cuarto de los niños está terminado de amueblar: resulta precioso, risueño, original y confortable; además, como todos los muebles han sido confeccionados siguiendo las indicaciones de esta vuestra segura servidora, Pirula, su coste ha sido ínfimo.

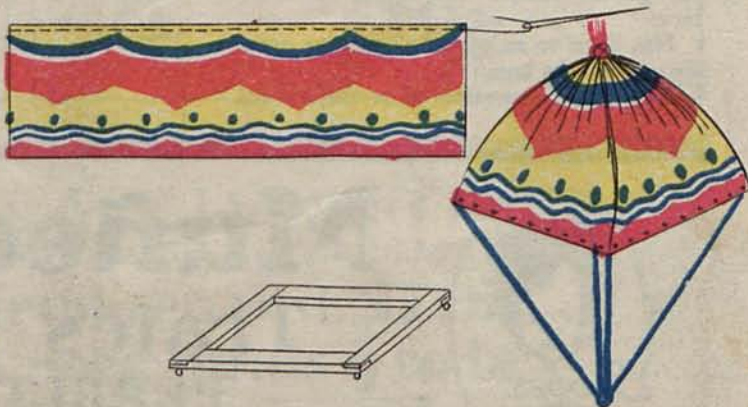
A pesar de tantas bellezas, mamá no está aún del todo satisfecha; le parece que falta algo, y tiene razón. La luz eléctrica es demasiado cruda y convendría tamizarla con una bonita pantalla, digna del conjunto.

Aquí está.

Para hacerla bastan los siguientes elementos: un bastidor de madera cuadrado, una tira recta de tela, cuatro cordones y un borlón.

Dada la forma, conviene que la tela empleada sea muy transparente para no interceptar excesivamente la luz de la de las bombillas. Emplearemos, pues, batista fina o seda lavable, estampadas.

Uno de los bordes de la tela se clava al bastidor; alrededor del otro, para fruncir, se pasa un hilo y bastará con tirar de él y anudar sus puntas, para que la pantalla adquiera instantáneamente su forma puntiaguda.





En Teatro de Pinocho

EL CUENTO DE LA BUENA PIPA

COMEDIA INFANTIL EN TRES CUADROS

(Continuación.)

- CHELÍN. ¡Ya, ya! ¡Lo que nos vamos a divertir!
- MAMÁ. Los dos niños ríen, dan gritos de júbilo, se agarran de las manos con nerviosa impaciencia. Entra mamá.
- MAMÁ. ¿Qué os pasa, que armáis tanto ruido?
- CHELÍN. Mintiendo con aplomo. Es que le estaba contando a Pototo el episodio que vimos el otro día; como hoy iremos a ver el siguiente...
- PAPÁ. Entrán papá y Tito Pufio.
- PAPÁ. Es cierto, y que hoy irá Pototo también; como ha sido tan bueno estos días...
- MAMÁ. Casi demasiado; le noto algo paliducho y nerviosillo...
- POTOTO y CHELÍN. Abalanzándose al cuello del tío. ¡Tito Pufio! ¡Hola! ¡Cuéntanos el cuento de la buena pipa!
- TITO. ¡Ah! ¿Pero ahora queréis...?
- POTOTO y CHELÍN. Sí, sí; ahora ya nos gusta mucho.
- MILLE. Los dos se hacen guiños significativos, aguantan la risa. Entra mademoiselle. Viene cargada de paquetes y con un papel en la mano.
- MILLE. Señor, traen estos objetos que usted ha encargado a la casa Fulánez y aquí está la factura.
- PAPÁ. Sorprendido. ¿Yo? ¡Si yo no he encargado nada! Coge maquinalmente la factura. ¡Dos mil ochocientas pesetas! ¡Y está a mi nombre! No entiendo. Debe de haber algún error.
- POTOTO. Avanzando al centro de la escena muy ufano, pero con mucha emoción.
- PAPÁ. No; no hay ningún error. Todo eso lo he encargado yo.
- PAPÁ. En el colmo de la estupefacción. Pero ¿qué dices, Pototo? ¿Te has vuelto loco?
- POTOTO. Lo que me he vuelto, es rico.
- MAMÁ. Avanzando presurosa y poniéndole la mano en la frente. ¡A ver! ¡A ver!
- POTOTO. Desasisténdose. Que no, mamá; que no tengo fiebre; lo que tengo es un tesoro escondido.
- MILLE. En medio de la estupefacción general, Pototo se acerca a su caballito de cartón y lo tira de la brida hasta el centro de la escena. Entonces le quita la silla, hunde la mano y saca un puñado de monedas, y enseñándolas triunfalmente en el hueco de sus dos manos juntas exclama:
- POTOTO. ¡Mirad todos! ¡Así, como éstas, todas de oro, tengo ciento cincuenta y seis!
- MILLE. Hay un momento de estupefacción enorme. Todos se quedan con la boca abierta. Papá reacciona el primero.
- PAPÁ. A ver, a ver, Pototo le da un puñado de monedas; papá las mira y suelta la carcajada. ¡Ja, ja, ja, ja!
- MAMÁ, MADEMOISELLE, TITO PUFO. ¡A ver!, ¡a ver! Todos se dan, unos a otros, las monedas y, a medida que las miran, sueltan a reír con toda el alma. ¡Ja, ja, ja, ja!
- POTOTO. Pototo y Chelín miran la escena con los ojos desorbitados; Pototo, sobre todo, aguanta a duras penas su indignación.
- POTOTO. Con rabia. ¿Pero qué pasa?
- PAPÁ. Riendo. Pues pasa que estas monedas no son de oro.
- POTOTO. Abriendo unos ojos enormes. ¿Cómo que no son de oro?
- PAPÁ. Sin dejar de reír. ¡Pero, hombre, si son fichas de cobre, de las de jugar a las cartas!
- CHELÍN. Echándose a reír a su vez. ¡Ay qué gracia! ¡Qué gracia!
- MAMÁ. Pero a Pototo no le hace ninguna. Mientras todos redoblan sus risas, él los mira primero con indignada estupefacción; luego baja la cabeza y permanece inmóvil y silencioso.
- MAMÁ. Cesando súbitamente de reír. ¡Pototo! Pototo hace un puchero; mamá se acerca cariñosamente. Pero tontin, ¿vas a llorar por eso?
- POTOTO. Entre sollozos. ¡Yo que-que-que ya cre-cre-creía que era ri-ri-ríco!
- MAMÁ. ¡Y lo eres y lo has sido siempre! Pototo la mira sorprendido.
- POTOTO. ¿Acaso no eres rico en juventud, en salud, en cariño de todos nosotros, en mimos y besos de tu madre? Le besa con ternura. ¿Y no valen más estas riquezas que todo el oro del mundo?
- POTOTO. Sí, mamá; sí; tienes razón... Le echa los brazos al cuello. Pero es que yo me hacía tantas ilusiones y tenía tantos proyectos, y ahora todos se burlan de mí...
- MAMÁ. Un poco severa. Eso te está bien empleado por no habérmelo contado a mí todo en seguida; los niños no deben ocultar nada a sus papás.
- POTOTO. Resueltamente. La culpa la tiene la pipa del Tito Pufio, ¡jea!
- TITO. ¿Cómo mi pipa?
- POTOTO. Sí, ella, la buena pipa del cuento, que ha venido a visitarme el domingo último y me ha revelado el escondite, y me ha regalado el tesoro que estaba oculto ahí detrás. Designa el famoso cuadro de la pared.
- PAPÁ. Todos le miran con asombro creciente.
- PAPÁ. Es el sitio donde guardamos las fichas de cobre; sin duda, Pototo, lo oírías decir sin casi darte cuenta y te acordaste luego y creíste adivinarlo. En cuanto a la aparición de la pipa... la soñaste, naturalmente.
- MAMÁ. No me chocas; ya decía yo que este niño había comido demasiadas golosinas.
- POTOTO. Entre tanto, Pototo mueve la cabeza de derecha a izquierda con incredulidad y testarudez.
- POTOTO. Que no he soñado, que no y que no.
- MILLE. Lo que desde luego no es ningún sueño es la factura de la casa Mengánez y Compañía.
- PAPÁ. ¡Ah!, caramba, se me olvidaban los grandes encargos de mi señor hijo. Hágame el favor, Mademoiselle, de devolver estos paquetes y decir que ya pasará yo a explicar y disculpar el error.
- POTOTO. ¡Pues lo de la buena pipa no lo he soñado, que no y que no!
- TITO. Aguantando la risa y fingiendo gravedad. Ya decía yo, Pototo, que mi pipa se vengaría de los desprecios que le hacías a su cuento.
- CHELÍN. A todo esto, ¿no nos vamos al cine? ¡Que llegamos tarde!
- TODOS. ¡Vamos, vamos!
- POTOTO. Ven saliendo, y Pototo que sigue preocupado y expresando su seguridad se queda el último.
- POTOTO. ¡Yo estoy seguro de que vino la buena pipa! Además, tengo testigos. Acercándose a las candilejas. ¿Verdad, señores espectadores que ustedes también vieron y oyeron a la pipa!
- VOCES ENTRE EL PÚBLICO. ¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!
- POTOTO. Muchas gracias por el testimonio. En cambio yo les voy a dar un consejo que se me acaba de ocurrir, en verso y todo:

Si alguna vez, por chiripa,
os viniera a visitar
la buena o la mala pipa...,
¡la mandáis a pasear!

TELÓN

APARATOS Y DISCOS

Odeon

A PLAZOS

Y AL CONTADO

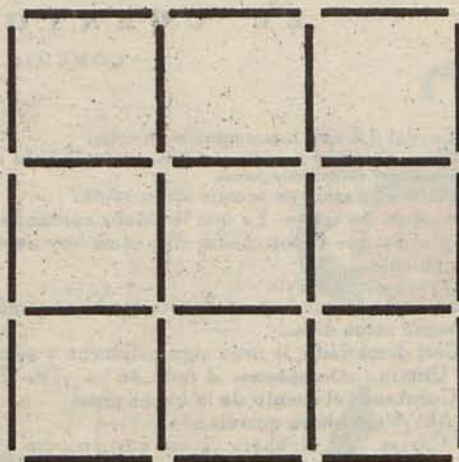
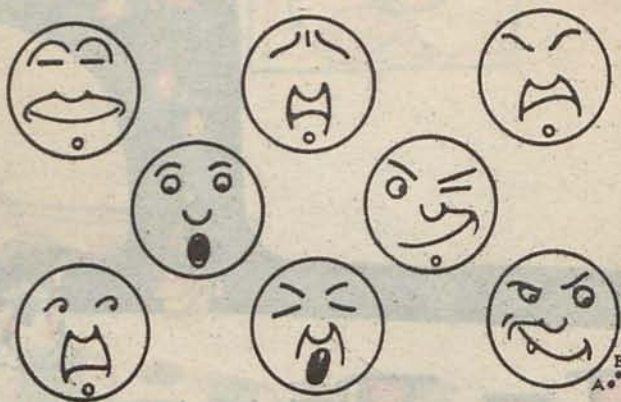
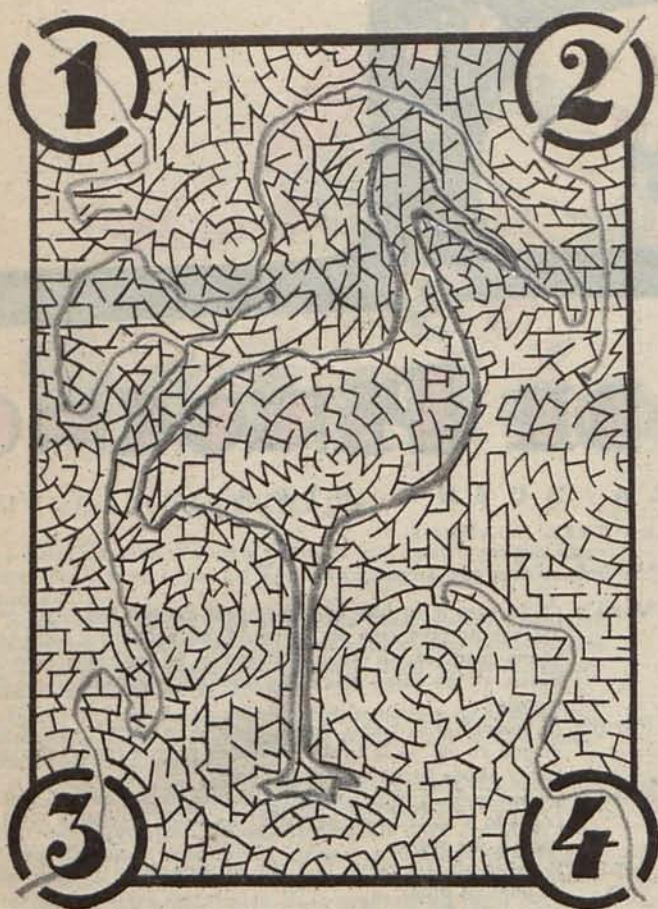
Preciados 1
Peligros 14



Madrid

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSOS



POBRE ANIMALITO

Esto que veis aquí es un laberinto muy complicado. En este laberinto entró una vez, por una puerta, un ave, un ave muy larga. Y cuando se vió dentro, comenzó a comer y a engordar, y tanto engordó que no pudo salir ya del laberinto. Para encontrar el ave, buscad la puerta del laberinto, y una vez hallada, señalad con lápiz el camino del pasillo, procurando no tropezar ni tachar línea alguna. De esa forma, al cabo de algunas vueltas, conseguiréis ver pintado el animalito prisionero.

EL SOL ENCAJONADO

Aquí os ofrezco, para que las dibujéis en una cartulina, ocho expresiones de nuestro amigo el Sol. Pero no es lo más importante que dibujéis esas expresiones tan simpáticas. Lo importante está en encerrar en un cuadrado perfecto cada uno de esos soles. Para ello, partiendo del punto A, trazad una línea continuada de forma que, al llegar al punto B, se haya hecho una figura de diez líneas diagonales que contenga ocho cuadros perfectos, en el centro de cada uno de los cuales ha de encontrarse un sol.

LOS CUADROS

Aquí tenéis un bonito problema que todos sabréis resolver. Estos nueve cuadrados están formados por 24 trazos. Pero hay que quitar ocho trazos a fin de dejar dos cuadrados. ¿Qué trazos haréis desaparecer del papel para conseguir esos dos cuadrados que se piden?

Con éste empezamos la tercera serie de nuestros concursos mensuales, que constará de los números 9, 10, 11 y 12. En el último número, o sea en el 12, se dará la lista de premios de esta nueva serie.

Conque ¡ánimo, queridos *pinochistas*! A trabajar de firme y a ver si a estos nuevos trabajos les halláis soluciones tan acertadas como a los anteriores.

Lista de premios de nuestra primera serie de concursos.

- 1.º Un magnífico tren con vías y estación o una espléndida casa de muñecas (a elegir).
 - 2.º Un patinete.
 - 3.º Un estupendo balón para foot-bal o una lindísima muñeca, que anda sola y dice papá y mamá.
 - 4.º Una pluma estilográfica.
 - 5.º Una caja de pinturas.
- Mil accésits consistentes en preciosos cuentos de Calleja.

Lista de premios de nuestra segunda serie de concursos.

- 1.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de cien pesetas.
 - 2.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de setenta y cinco pesetas.
 - 3.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de cincuenta pesetas.
 - 4.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de cuarenta pesetas.
 - 5.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de treinta pesetas.
- Mil accésits consistentes en preciosos cuentos de Calleja.

Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «Para el Concurso».

CUPÓN 9

◆ ◆ ◆ ◆ Colaboración infantil

¡Ah!, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:
"CONCURSOS PINOCHO"

CUPÓN 9

◆ ◆ ◆ Concursos PINOCHO

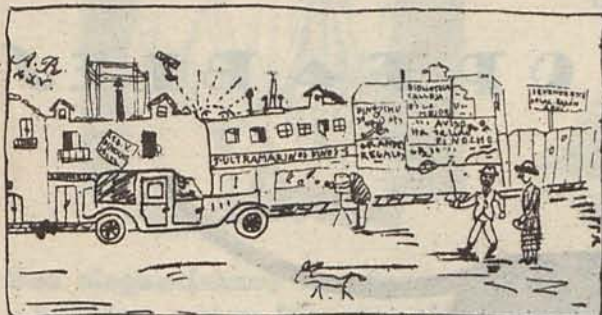
Autopianos
"MELODIA"-
"VIRTUOLA"
REPRODUCTORES de los
mas célebres pianistas
del mundo



Pianos-Autopianos
Harmoniums
Virtuola S.A.

Avenida Conde de Peñalver
17 MADRID

COLABORACION INFANTIL



—¿Tú no sabes lo que es un autorretrato?
—Sí, hombre; sí; el retrato de un auto.

ALFREDO REDAÑO GARCÍA.
Diez años. Madrid.



Apunte del natural.

LUIS GARCÍA DE MARCO.
Nueve años. Madrid.



¡Hay que ver! Con toda la cuerda y sin poder andar.

VÍCTOR ROBLES.
Diez años. Pamplona.



¡No te muevas! Espera un momentito que voy a por un aviador.

CARLOS G. DÍEZ.
Madrid.

me ayudes. ¿Qué tengo que hacer? —dijo Carina—, y levantando la cabeza vió un pajarito que era el que le hablaba. ¿Ves ese corredor que hay a la derecha? Pues vete por él adelante; está todo lleno de rosas, que son todos los niños que tiene esa bruja encantados, y a ti también te quiere encantar; oírás que te llaman, pero tú no vuelvas la cabeza, porque si no te convertirás en rosa; sigues hasta lo último del corredor y verás un árbol, te subes a él y coges una cajita blanca, la abres y verás una pomada negra. Dentro de un

Pues señor: en las afueras de un pueblecito, de no me acuerdo qué nombre, vivía un matrimonio con una hija, de doce años, llamada Carina. Un día le dijo su mamá: anda, hija mía, ve al pueblo por harina. La niña cogió su cestita y se marchó. Ya iba por la mitad del camino, y le salió al encuentro una viejecita pidiendo limosna; la niña le dió un pedacito de pan, y la mujer, que era una bruja muy mala, dió una patada en el suelo; se abrió éste bajo sus pies y Carina desapareció, yendo a parar a una habitación muy oscura. Empezó a llorar cuando oyó que una voz la decía: «No llores, Carina; yo te salvaré; pero es necesario que tú

rato vendrá la bruja a ver si te has vuelto rosa, se quedará dormida, le das con la pomada en las orejas y verás lo que pasa. Carina hizo lo que la dijo el pájaro, y se escondió.

Cuando llegó la bruja la dió con la pomada en las orejas y en seguida sonó un ruido muy grande; se hundió aquella casa y todos se encontraron en la calle.

Los niños y las niñas se habían desencantado, y el pajarito era el hijo de un rey que tenía encantado la bruja.

Cada cual se fue a su casa y el principe se fue con ella a casa de Carina; sus papás por poco se vuelven locos de alegría; todos se fueron al palacio del principe, y cuando fueron mayores Carina y el principe se casaron, y fueron todos muy felices.

PILAR M. FORNOZA.
Catorce años. Madrid.



De los tiempos de capa y espada.

VICENTE SOLER.
Nueve años. Alicante.



El colmo de un zapatero.

Coser unas botas con un cabo de vela.

LUISA YUSAUSTI ARIZA.
Diez años. Madrid.

A NUESTROS COLABORADORES

Para colaborar en PINOCHO debéis hacer los dibujos con tinta china, *nunca con lápiz ni en colores*. Los cuentos no deben pasar de cuarenta líneas escritas en una cuartilla corriente. Mandad los trabajos firmados con vuestro nombre y apellido, indicando el lugar de vuestra residencia y edad, y acompañados del cupón para «Colaboración infantil».

ADVERTENCIA:

Son tantos los trabajos que recibimos, que no es posible publicarlos con la rapidez que desearíamos; pero todos irán publicándose por el orden que se vayan recibiendo. Por eso os recomendamos que tengáis un poco de paciencia.



Mi disfraz de Carnaval.

CARLOS LUZURIAGA.
Madrid.



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PAPELERIA
SAN SEBASTIAN
MADRID BILBAO
BARCELONA OVIEDO
VALENCIA VIGO
SANTANDER

Venta de los acreditados Cuentos de Calleja en colores, Aventuras de Pinocho, etc., etc.

SIEMPRE LAS ÚLTIMAS NOVEDADES

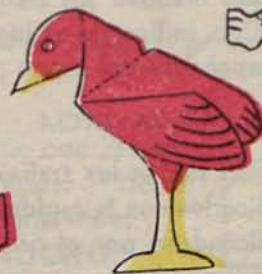
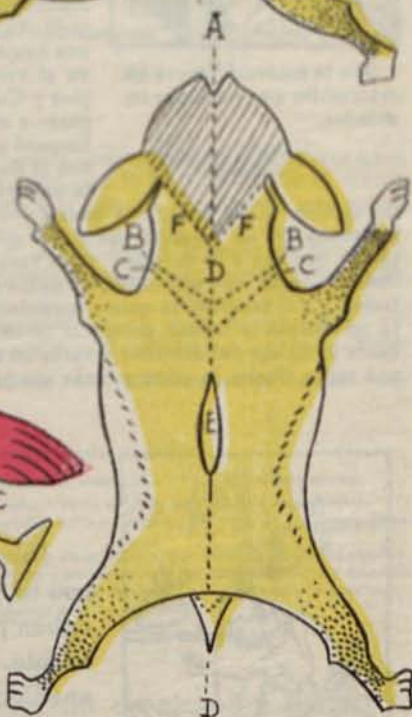
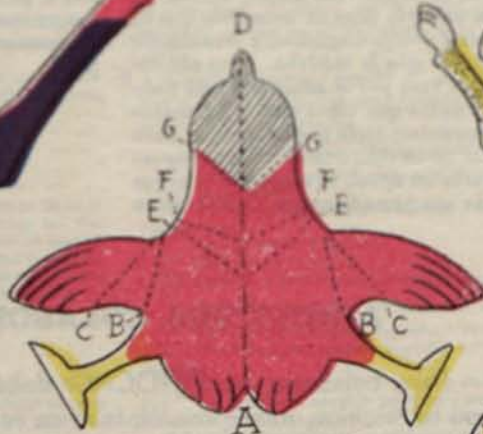
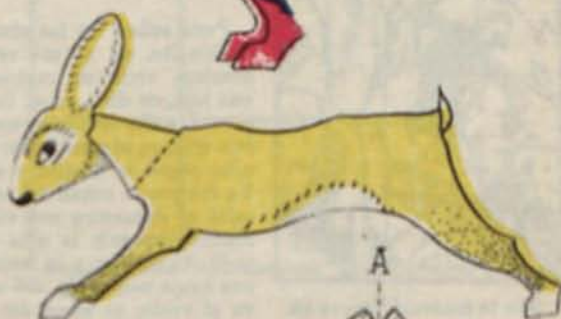
Ayuntamiento de Madrid



SECCIÓN RECREATIVA



FIGURAS RECORTABLES



Galgo.—Recortadlo por la línea exterior y el hueco E. Dobladlo por las líneas A, D, quedando éstas hacia afuera, y por las líneas B, C, hacia adentro. Pegad la parte rayada B un lado con otro y bajad las orejas como indica el modelo.

Liebre.—Recortadlo como el anterior y el hueco E. Dobladlo por las líneas D, C, F, quedando éstas hacia afuera, y por las líneas A, B, hacia adentro. Pegad la parte rayada un lado con otro.

Pollito.—Recortadlo como los anteriores y dobladlo por las líneas A, C, E y G hacia adentro, y por las líneas B, F y D hacia adentro. Pegad la parte rayada como en los anteriores.

NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construir estos preciosos animalitos.

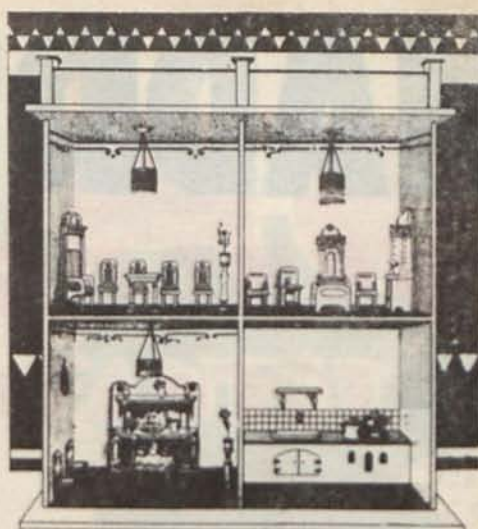
Repetimos que es conveniente, para que os vayáis acostumbrando a dibujar y pintar, que en vez de recortar las figuras del periódico las calquéis sobre una cartulina muy flexible o papel grueso. Así, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta llegar a la perfección. Después de recortada y doblada la figura, la pintaréis como el modelo.



Dos elegantísimos tocadores de tul y encajes, con su lámpara eléctrica.



Seis preciosas muñecas.



Dos lindísimas casas de muñecas estupendamente amuebladas.

Y DOCE COLECCIONES COMPLETAS DE LAS AVENTURAS DE PINOCHO Y CHAPETE, COMPUESTAS DE TREINTA Y TRES TOMOS CADA UNA

¿QUÉ HACE FALTA PARA TENER OPCIÓN A TODOS ESTOS REGALOS?

Para tener derecho a recibir un boletín con cincuenta números para el sorteo de estos juguetes es preciso suscribirse a PINOCHO por un año antes, del día 31 de mayo.

Y todos los suscriptores de PINOCHO por un año recibirán un boletín con cincuenta números para el sorteo. Los que se hayan suscritos por un semestre pueden ampliar su orden a un año, con lo cual tendrán derecho también a un boletín con cincuenta números para el sorteo de los regalos.

Los amigos de Pinocho que residan en Madrid y deseen suscribirse, deberán mandar una nota escrita con claridad, en la que indiquen nombre y apellido, señas y tiempo de la suscripción (un año o un semestre). El administrador pasará un recibo a domicilio al entregar el primer número. Los suscriptores de provincias y de América deberán mandar el importe anticipado en giro postal, cheque, etc.

Los suscriptores por un año tendrán derecho a recibir gratis tres tomos, a su elección, de los Cuentos de Calleja en colores, serie Pinocho-Chapete. Próximamente publicaremos la lista completa de los títulos de esta Colección.

La fecha y los detalles del sorteo se anunciarán oportunamente.

Cupón para el sorteo
de regalos.

Cupón para
cuentos.

CORRESPONDENCIA

Pinocho ha recibido vuestras simpáticas cartas. ¡Oh, no sabéis lo contento que está Pinocho y lo que goza, día tras día, viendo y repasando vuestros trabajos! Pero Pinocho, amigos míos, no puede contestar a todos de una vez, como sería su deseo, y por ello os ruega paciencia para esperar con calma las respuestas. Poco a poco Pinocho contestará en esta página, muy cariñosamente, alentando a todos los inteligentes lectores que le honran con una colaboración tan agradable y varia como interesante. Tanto trabajo tiene Pinocho, que no podrá contestar a vuestras cartas, haciendo infinitos esfuerzos, hasta un mes después de recibidas. Sí, simpáticos lectores, vuestra correspondencia será contestada; pero tendréis que esperar un mes. Así lo hemos calculado, contando con el enorme trabajo que tiene Pinocho y contando también con la celeridad con que se aprestará a satisfacer vuestros deseos, que son los suyos.

Luisito García de Marcos. (Madrid).—Tus dibujos están admitidos, amigo Luisito. Ya los verás más adelante en las páginas de PINOCHO.

Julio Jacinto. (Madrid).—También tu bonito dibujo pasa a formar «cola» para ser publicado.

Paco Soler y Cuenca. (Barcelona).—Un niño tan inteligente como tú puede hacer mejores chistes. Anímate, manda otra cosa. Con tu gracia, a poco que te fijas, puedes hacer reír a los lectores de PINOCHO.

Terésita la Clerva. (Madrid).—Tu cuento me parece muy bien, muy bonito. Queda admitido.

Francisco Lloréns. (Alcoy).—Si tu cuento fuera un poquito más corto, lo admitiríamos con mucho gusto. Pero es muy largo, querido Paco, y ya sabes que no puede pasar de las 40 líneas. ¿Olvidarás el consejo?

Pilar R. Fernández. (Madrid).—Estoy seguro de que conseguirás hacer algo que sea más original, más tuyo, que este cuento que me envías hoy. No te falta gracia ni ingenio para mandarme otro cuento, que yo pueda admitir inmediatamente. Confío en tu talento, Pilarcita, y quedo esperando.

Rafael Verde y Pérez Galdós. (Madrid).—Admitimos tu bonito perro, que pasa ahora, sin cadena, a formar turno con los demás dibujos. Ya lo verás más adelante, cuando menos lo pienses, asomar la cabeza por entre las páginas de PINOCHO.

Juan P. Tomás y Rams. (Valencia).—Te aconsejo lo mismo que a Paquito Lloréns. Tu cuento es muy largo. Procura hacer algo más cortito. Pinocho se alegrará mucho publicando tus trabajos.

Javier Menárguez. (San Sebastián).—Te recomiendo la tinta china; absolutamente china, para tus dibujos. Ello no te obliga a emprender un viaje al Asia. La tinta china la encontrarás en San Sebastián sin dificultad alguna. Cuando la encuentres, remítelos trabajos. Los haces muy bien.

Carlos Mielgo Hergueta. (Medina de Aragón).—Tiene muchísima gracia el dibujo que nos remites, querido Carlos, y por ello te lo publicaremos. Te lo publicaremos en negro. Para lo sucesivo manda tus trabajos a plumas y en negrilla tinta china, como le aconsejo a Javier Menárguez, tu antecesor.

Juanito Dopazo Carrillo. (Ciudad Real).—Tu historietita me conmueve profundamente. La publicaremos a fin de que se conmuevan también los numerosos lectores de PINOCHO.

Manuel Muñoz. (Madrid).—¡Oh, amigo Manuel! Tu cuento es muy largo, demasiado largo. Te aconsejo lo mismo que a Paquito Lloréns y Juanito Tomás. El tra-

abajo literario no ha de pasar de cuarenta líneas. Con la memoria que tú tienes, no olvidarás el consejo que te da Pinocho.

María Josefa Vignota. (Madrid).—Tu cuento es muy bonito. Eres una chiquilla con ingenio, con verdadero talento. Publicaremos, pues, tu obra, en la seguridad de que gustará a todos los lectores de la revista.

Agustín Cases. (Madrid).—Hemos recibido tu brevísimo león. Con él estamos todos muy asustados, motivo por el cual lo publicaremos lo más pronto posible. Así quedaremos tranquilos, sanos y salvos.

José Manuel de Tejada y Manso de Zúñiga. (San Sebastián).—Tu cuento lo publicaríamos si fuera más original. Manda otra cosa completamente tuya. Aseguro que puede salir de tu cabeza tan inteligente un cuento más bonito que éste que nos envías ahora. Siempre, como sabes, sin pasar de las cuarenta líneas. ¿Entendido? Anímate, José Manuel de Tejada y Manso de Zúñiga. Pinocho te espera con impaciencia.

María de la Concepción Baquero. (Madrid).—Muy largo tu cuento, Mariquita. Menos trabajo te costará hacerlo más cortito. No olvides la regla: No hay que pasar de cuarenta líneas.

Ildro Arcos. (Madrid).—Tus dibujos me gustan mucho, así como los graciosos chistes que los complementan. Todo saldrá a su tiempo, con harta satisfacción de Pinocho.

Miguel Melives. (Melilla).—Admiramos tu esfuerzo, Miguelito, pero Pinocho, tu buen amigo, desea que le remitas otra cosa nueva algo más extensa. Estoy seguro de que seguirás nuestros consejos, que son siempre de buena ley.

Javier Elorza y Echániz. (Burgos).—Tus dibujos están muy bien, admirablemente hechos. Pinocho te ruega le remitas otros, cuidando, desde luego, los chistes. Estos que nos envías ahora no nos parecen oportunos; y aunque los dibujos, como ya hemos dicho, son excelentes, quedamos esperando otros nuevos. Un dibujante como tú debe colaborar en nuestra revista, gran Javier.

Luis Arias. (Oviedo).—Te doy las más expresivas gracias por tu dibujo, que publicaremos cuando le llegue su hora. Recibe un abrazo de tu agradecido Pinocho.

Ignacio Vivanco. (Madrid).—Deseamos que tus versos sean como tu simpático dibujo. Este verá la luz: será publicado. Tus versos, en cambio, no los sacaremos a la calle, a fin de no amorar tu buena fama de dibujante exquisito. Así lo ordena tu amigo el aventurero.

Mercedes Saavedra. (Madrid).—Tu cuento está bien, muy bien escrito. Sin embargo, te creo capaz de hacer cosas mejores, con más trama, con más asunto, con muchísima más gracia. Eres lista, Mercedes, y no dudo que me remitirás nuevos trabajos interesantísimos. Así lo desea la Revista, que se complace en saludarte cariñosamente. Quedamos esperando, querida amiga.

Lola Recio. (Madrid).—¡Qué bonito tu dibujo! Pero más bonito tu pueblo, simpática Lolita. Nos hemos dado una idea completa de tu ciudad natal. La iglesia, sobre todo, es deliciosa. Tenemos deseos de que la conozcan los lectores de PINOCHO, y la publicaremos sin cortarle ni un pedacito.

Ignacio Vildósola. (San Sebastián).—También nos agrada mucho tu casa de campo. Pinocho se alegraría mucho pasando en ella, sentadito en su balcón, una tempestad. Y basta que le haya gustado a Pinocho para que se publique.

José Martínez Orejón. (Madrid).—Por esta vez, querido Pepe, pase. Si quieres publicar en adelante, manda tus dibujos en negro, con tinta china. No admitimos dibujos en colores. Sirva este aviso para todos los dibujantes.

María Romanos Falcón. (Zaragoza).—Tu casa y tu melenudo perrito nos han gustado muchísimo. Tu perito, sobre todo, aunque no habla, es de una simpatía inconfundible. Aquí estamos muy contentos con él. Sin embargo, nos desprendemos de tus dos dibujos para que sean publicados a su debida hora y ello con mucho gusto, graciosa María.

MADRID-PARIS

GRANDES ALMACENES



TODOS LOS
JUEVES REGALAMOS
PRECIOSOS GLOBOS